

CRONICA LITERARIA

Por RICARDO A. LATCHAM

ANTOLOGÍA, por Angel Gruchaga. — Editorial Landa, Buenos Aires, 1940.

Esta Antología de Angel Gruchaga, cuya selección estuvo a cargo de Pablo Neruda, siempre para situar en el tiempo la extensa obra lírica de Angel Gruchaga, empezada en 1915 con "Las Manos Juntas" y seguida con fervor más de treinta años.

Se ha observado que es un poeta monótono, de insistente nota, afirmada y no siempre atenuada en las formas posteriores de su sensibilidad.

Aquí surge el escritor de un modo altivo, a través de su evolución, siempre adido a las aspiraciones externas que ayuda con reflexiones silenciosas, un poco como lo hacían los grandes románticos. Por lo menos, así lo hallamos en una gran parte de la Antología, que describe de golpe la perspectiva ocupada por varios autores de creación reciente.

Gruchaga no es un poeta sensual y burgués como lo temeramente el paisaje, lo que lo atrae, por lo general, dentro de un impulso psicológico que tiene relación particularmente con lo infinito, aún en sus evocaciones del amor humano que circulan por una esfera idealizante y especulativa. Quisieramos fijar la atención en este hecho, no desde el punto de vista crítico, sino desde el psicológico y el estético. Ya sea desde un ángulo modernista (el de las Manos Juntas) o en un enfoque vanguardista (el de los poemas de "La Ciudad Invisible"), Angel Gruchaga hace sentir la idea de que la hora del amor es fugaz sobre la tierra, y por un esfuerzo humano vierte una aspiración constante en demanda de una comunión eterna. Esto, por lo demás, no tiene que ver nada con la poesía romántica, a una que puede ser, pasatiempo de clerical y placida ocupación de académicos sin pretensión metafísica ni arraigo en la vida.

En los poemas de Gruchaga, estremecidos de eternidad o cimentados en un amargo y desconsolado subjetivismo, se armonizan casi siempre el sentimiento del infinito y la búsqueda del momento del amor. En aquel en los escritos románticos era el centro mismo de la vida, y en la poesía vanguardista, sentimental y epigonal, se desmoronaba. En Gruchaga



Angel Gruchaga Santa María

se lo moderno se exterioriza en la inexistencia de la ambigüedad o en su misma verificación, que apenas aparece como un mero punto de apoyo del poema. En cambio, siempre encontramos una preocupación de las relaciones más profundas de las cosas y de los caminos invisibles de ellas.

El camino recorrido por Gruchaga hasta su plenitud es muy extenso desde que surge las primeras llamadas del instinto germinal hacia hasta la actual gravitación hacia un polo desconocido y misterioso. No los muchos registros y la repetición temática destaca hechos desconsolados y oscuros dolores.

Su influencia es indudable y suele ser ignorada o desconocida por los que irrumpen más tarde. Ella dio a la poesía nacional una concepción trascendente de la vida, que evitó las superficialidades y la ubica en un plano digno, antes del apogeo de Neruda y de sus continuadores.

En "Job", Gruchaga se aproxima a un mundo nuevo, más colorado y dinámico que en sus primitivos versos. Este libro constituye algo aparte en su obra, y allí el espíritu divino se revela al artista, en una forma aguda hacia el rumor del infinito. Por eso, también, es una de las raras muestras de poesía mistica que en vasta y grandiosa armonía enriquece y fecunda nuestro Parnaso.

Hay un momento de plenitud en la estructura de Gruchaga, cuando el poeta, en el poema "La Ciudad Invisible", dice: "Yo soy un hombre que me acuerdo de muchas cosas cuando lo silencio me llama en un susurro literario". En aquel momento, el poeta se encuentra en un ser querido, como lo vieron también Gabriela Mistral y Carlos Montalvo, en sus magníficos estallidos argentinos. En ese instante lo insistentemente desconsolador no es la certidumbre de una desaparición física, lo que un filósofo dice: "Nada más allá", sino la idea de la destrucción total, la insufrible desesperación de la irreversibilidad, alimentadora de toda una veta poética desde Jorge Manrique hasta García Lorca, Neruda, Alberti y Cernuda. Ahora bien, el poeta protesta con estruendo dolor y aliento la idea de su inmutabilidad, ya que no queda sin ella otro consuelo que la vida sin muerte. Aquí creemos que Gruchaga encuentra uno de esos excepcionales logros elevados en que una crítica superficial sólo percibió la reiteración de algunas imágenes:

No miraras el alamo dormido
ni el libro azul que eleva tu
lecho de rocío.
Todas las cosas dicen: "¡No
creas! ¡No creas!"
¡Y ya has de ir para allá
¡Por Dios mío!

Las raíces cristianas de tal actitud no están ocultas y es muy fácil captarlas en el libro "Job", donde se manifiesta Gruchaga más contenta y esencial que en los otros poemas nacionales que han tocado al gran tema. Nada de desesperaciones inútiles, de agudas imprecaciones, de blasfemias y sarcasmos vengativos. El poeta sólo ha sentido el anhelo de inmortalidad y se aferra a él con un instinto inextinguible.

En "Job", el poeta y su voz, como los románticos, se enfrentan a la muerte, a la nada, a la desolación, que define, al menos, en Gruchaga:

Se equilibra adormecido a la
muerte
como el arbol de humo de la
muerte
Vuelvo al corazón que se viste
de humo.

Sobre vuestros pechos no
creará la muerte,
y nadie escucha ver la muerte
escondida detrás de sus
peñales.

Podríamos multiplicar las citas, pero no queremos recurrir en un método censurable utilizado por quienes no han penetrado en lo más característico de Gruchaga, visible y en sus más débiles composiciones.

La Antología, prologada naturalmente por Pablo Neruda, 1940, trae unas seis poesías inéditas: "Pacífico Sur", "Rocio de la Cruz del Sur", "Sombra, en el cielo de la URSS", "Aureola para la villa de Guastama en el aniversario de su martirio y Guerrillero de España en "Pacífico Sur" y en "Rocio de la Cruz del Sur", parece que hubiera un adelanto del libro anunciado con el título de "Rostro de Chile". Aquí y en "Poemas del Pueblo de San Bernardo" existen indicios de una incursión de Gruchaga, por el momento, exterior y por el paisaje de su patria. Esto es insólito en el autor de "Job" y lo exhibe en un ángulo distinto de otros matices y extrañas armonías con el mar y la tierra. Evocando el mar de Valparaíso de Balboa tiene algunas imágenes:

¡Allí donde la noche de los
dios
vive en la flecha, el pájaro y
el viento.

En el "Rocio de la Cruz del Sur" encontramos otras hermosas huellas de su contacto con la parte externa y material del mundo:

Korredores de la noche densa
crecen en el vital de
la vida
como el viento en la
sombra de Chile tu luz
hasta el albedro que
y de día en el cielo, al
como el morir en la mitad
de un lento suspiro te
define.

En la Antología de Gruchaga podemos seguir el camino hacia la profunda espiritualidad y ver sus curvas combinatorias de metaforas de estructura moderna, que no alcanzan a desarticularse y atomizarse porque están sostenidas por un eje insustituible de las formas, que es heredero del flujo romántico y modernista, cuyas huellas se adivinan medianas entre el polvo y el luto de las estrofas.

R. A. L.

Antología [artículo] Ricardo A. Latcham.

Libros y documentos

AUTORÍA

Latcham, Ricardo A. 1903-1965

FECHA DE PUBLICACIÓN

1946

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Antología [artículo] Ricardo A. Latcham. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile